

Luz y piedras del Románico (II)

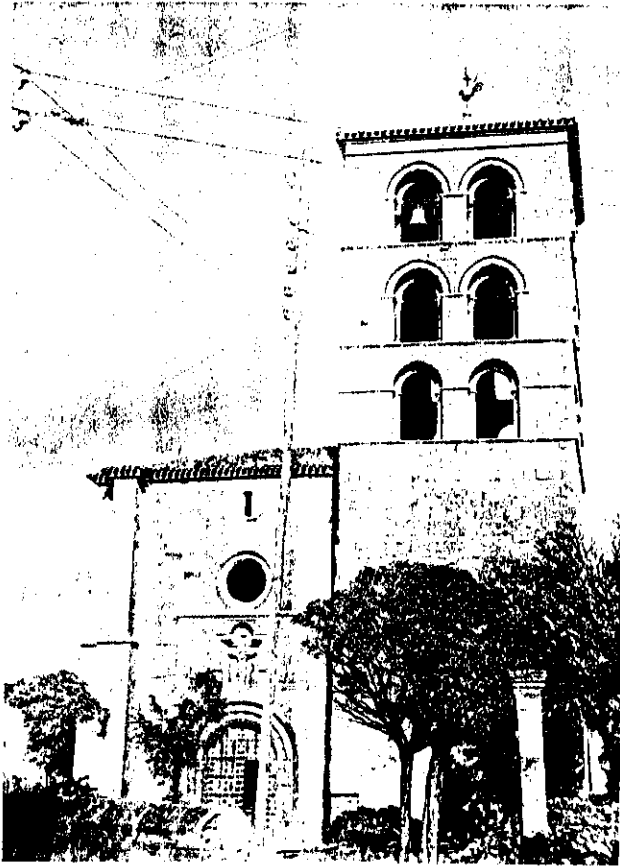
LAS RUTAS LITERARIAS DE LA PROVINCIA

Además, parece obligado que nos pronunciemos por la belleza, por hallar en los ojos y el alma motivos de franquear los espacios interiores de toda esa muestra, varia y certera, de cuánto dijeron era la provincia y los entornos sagrados que dan pulso al amplio espectro de Cuenca. Hay aquí el enamoramiento que hace sugerir los encuentros, el desempeño que provoca la alegría al tomar pulso al caserío, al hablarlo con algo más que fantasmas volantes y voladizos. Situar los pueblos en una elección por la belleza, lo típico propio, los remedios también sugeridos para salvar el ya mermado patrimonio de la historia y lo auténtico conquense, aunque todo ello vaya pronunciado por mí subjetivismo. Mas yo pronuncio las palabras con amor, pues nada puede quebrantar un cariño y una dedicación hacia la tierra, sus montes, los tejados y el aire que los ciñe...

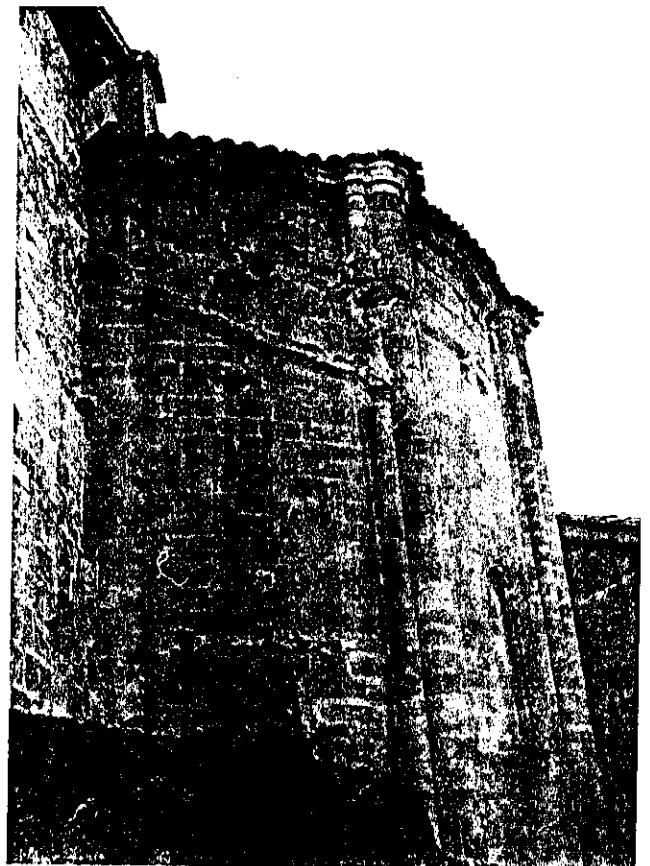
Supremo afán lo será el de señalar las cosas que atraviesan los bosques de pinos de Cuenca, esa decoración tan distinta sorpresiva a cada cien pasos, explicar el acontecimiento aun

hurgando las piedras, mirar por cada ventana y leer en los nombres de los compañeros de viaje la variedad de otras apreciaciones. Después, luego, entrar en las naves románicas o góticas, traspasar las portadas renacentistas, otorgar a la fachada la grandiosidad dada por sus arquitectos y artistas. Invocar los nombres y las sombras aun pululando entre esquinas. Creo que todo ello es leer el texto incomparable de Cuenca, de su provincia, de San Clemente o Alarcón, Moya, Priego o Cañete...

A juzgar por la imaginación tenemos cerca los secretos ancestrales, la magia de los enseres, la utilización de los yesos y las maderas. Y el camino y la trocha al alcance para comunicarnos leyendo en las calles y el laberinto. No es exclusivamente una guía de viajeros que lo desean todo de antemano para evitarse los descubrimientos. Esta tierra se apoya en las meticulosidades, los detalles, las referencias, las estancias y las huidas de sus hijos. Una tierra cuyo sentido y escritura es el sino universal sellado por la antigüedad remota. La decoración de la naturaleza en armonía con esa selva o bosque sin límites, relación de orgullos y certezas. Tal



*Torre de Valdeolivas
(Foto: Silvino Navalón)*



*Abside de Valdeolivas.
(Foto: Silvino Navalón)*

ción de pobres campesinos asalariados, agolpan un redivivo panel del mundo medieval, no desaparecido del todo y que da sus coletazos reflejado al espejo de sillares en los tambores de los tres ábsides románicos.

La misma muerte hizo presa en su triunfo de términos y monumentos al asentarse cementerio y casa de muertos sobre las cenizas que cubren la gran basílica en la que asentaron su cátedra Tagoncio y Eusebio, Gaudencio y Esteban, concillares todos y presentes en las asambleas del Toledo de los Godos. Lapidarios e inscripciones, esas monedas cruzadas que dejadas para Cuenca, la arcada que sirvió de museo, bajo el ayuntamiento, recordando ayudas provinciales, hoy rimadas por las rejas protectoras y esa máquina de poner cal a la fachada que campea al lado de venerables piedras. Un viejo mea al rincón y la esquina de la iglesia y por allí aparece un personaje de grandes bigotes y joven trayendo la imagen de un visigodo que toma por suyo el romano solar y lo inscribe en su Fuero Juzgo.

Desconcierta el calendario, las fechas, la riada de cantos rodados, el minucioso cuidado del arqueólogo buscando secretos a la tierra y su polvo. Quizá, indiferentes, los lugareños, hagan verdad lo que dijera Don Quijote a Sancho luego de la aventura con los villanos que a galeras llevaban: *muchas son las veces que se echan aguas a la mar*. Me desconciertan también las vigas descubiertas, palos mundos descuartizados y apolillados, los maderos y los hierros despreciados por la hojalatería y el mal gusto imperante de ahora. Esto que fuera foro, paseo y ágora, mercado y baños, cultura y espectáculo, devoción y prédica, recomponen el fantasma sólo visto de pocos, vuelta a los tiempos antiguos cuando no era previsible este gran desencanto.

Parece que palpo el rozar de las sedas y el brocado eclesial del obispo de Valeria, su mitra poderosa y el alzar de su sentencia conciliar y toledana. Por arte de magia oigo la charla en latín y el dialecto del socarrón de ese otro barrio orillado que sólo tiene el horno de pan y para

amasar la losa. Se escucha la lengua del fuego abrasando el recinto y la escuela. Y, al abrir estos ojos para este lado del tiempo, estás tú, querido Paco, queriendo recomponer cada cubo o dado de este enorme rompecabezas, tapial de corrales y añejo cimiento de la Gran Valeria. Están, impertérritas y nobles, hermosamente aún alzadas, las columnillas y canecillos, la traza del bello vientre del ábside románico de la parroquia de Valeria.

Por tantas cosas a estos muros se invocó primero cuando los creyentes cristianos de Cuenca pusieron cuenta al señalarse, ocho veces ciento, diócesis ya cierta en el tiempo de España.

VALDEOLIVAS ROMANICA Y MEDIEVAL

Más allá de la sílaba o el montón de piedras sorprende al altanero vislumbre de la villa atada a la cintura de lo más hermoso, de lo sencillamente bien hecho del medievo conquense, alcarreño cuando es todavía flexible la serranía cercana del mimbres fresco de Priego a eso de la decena larga de kilómetros. Tenía la pregunta a los labios, la ocasión de pronunciar su nombre y ya está delante el motivo de asombro, la exclamación y el aturdimiento que la admiración produce dando vuelta a la llave del alma. Acá andamos envueltos en la marca indeleblemente perfecta, por encima de las tempestades y los desfallecimientos de lo temporal y efímero: Valdeolivas suprema en unas formas únicas de torre excepcional por esta comarca, acude al pregón gangoso de un tal *Zacatlil* anunciando toda una suerte de aventuras, prometiéndolas para las siete de la tarde en la pantalla de cine ambulante de unos titiriteros encontrados antes de hallar los sagrados versículos del ábside románico. El pregonero tratará inconscientemente de decir que la sorpresa de la penumbra cinematográfica lo es ensordecido las circunstancias de la historia y lléndonos a aquellos sábados y domingos de los rumbos cristianos en

conquista. El está en el zig-zag de los motivos sin saberlo vestido de ese paño duro con que los cetrinos lugareños daban paso a los modos nuevos organizando los cultos del norte que venían del monasterio, dando la voz al perfecto trenzado de las formas perviviendo en los escudos y las casonas y los olivos perennes montados sobre la dulce colina.

Otrora asintiría la viejuca, redonda como un garbanzo, prendida la medalla a un alfiler, al espectáculo que sobre tablas improvisaban los trovadores, en espera la hija de un enamoramiento. Pero en el instante es otra larga y agitanada la que lleva su sentencia rígida y fatal: *miré usted, caballero, era como una pequeña catedral*. Lo sé, enterado de antemano, antes de ser engullida por el tiempo y los quebrantos o los desaciertos recientes que hicieron desmontar una de las tres naves. Digo que ese cemento deprime cuando no es la piedra su escudo y su defensa, pero estoy por esos capiteles de increíble ingenuidad y la elegancia que me redime y me conquista en el ábside, las maravillas gó-

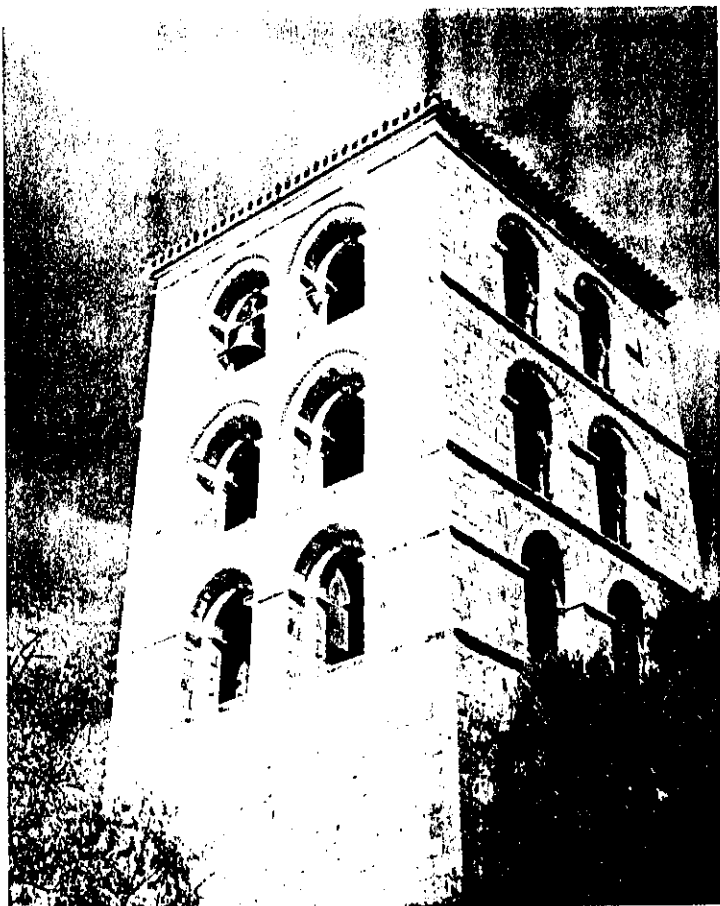
licas y los elementos posteriores donde la harina sigue cociendo pan en un viaje de ida.

Atribuye un muro a los aledaños adonde se llega por un arco y a la par al molino aceitero, la fuente, las huertas, el río (San Juan o hacia él caminando), las olivas preciosas y —¡no podía ser menos!— las bellaquerías de dos casotas de ladrillo bebido y torpón, malvadamente pegadas al arco. Dan los zapatos en la larga calle porticada a trozos, el fragor de los nombres renegridos y los espantables gimientes de los últimos decenios. Un obispo, Pérez Irías, y la libra de buen oro de la iglesia. Saja el tiempo reculando mula terca y un listín tupido trabaja los ojos otra vez ondulando la torre. Compróbase la restauración y el vaciado da luz a las arcadas con puntas de diamante, cruzados los vientos sueltos en la emoción del campanario. A las siete de esta tarde, con el peliculeo del oeste, volverán a sentarse a las sillas alquiladas de los feriantes, los *Romero* y *Trúpita*, algunos de los primeros bien pudieran ayuntar soluciones económicas de impuestos y alcabalas en función de



Casona de Valdeolivas
(Foto: Silvino Navalón)

Torre de Valdeolivas
(Foto: Silvino Navalón)

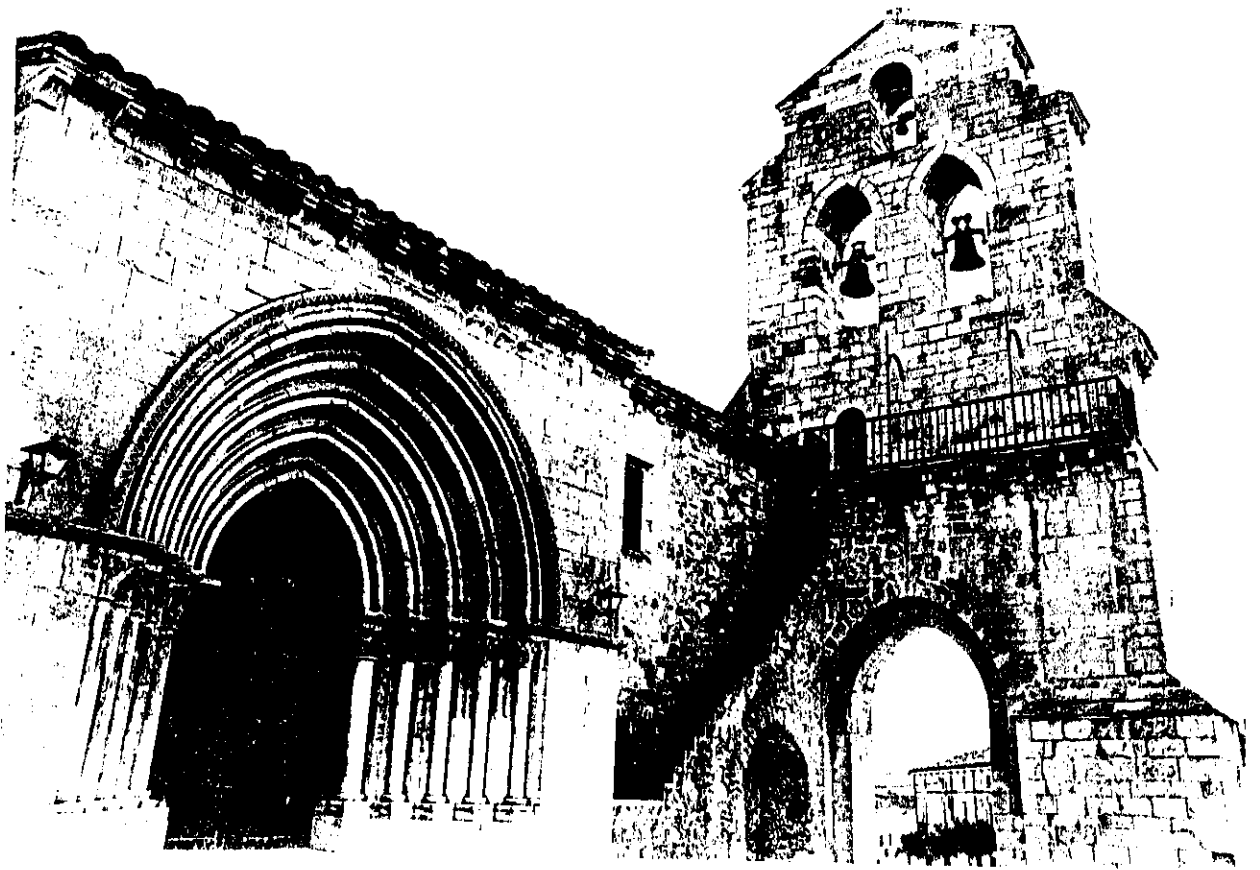


hacienda, víctima de carlistas otro y su asesinado. Otra cosa ya es la forma pétreo y cilíndrica de los molinos en las eras del pueblo que hasta hilan versos y los proclaman en sus accesos: *Ruth un Booz ha menester / que a segadores diga:/de industria arrojen espigas,/den comida y qué beber,/que cansada en recoger/tus manojos no podías/disfrutarlos en el día./Ven con tu Nohemí y muelas,/cuece, come y te consuele/en tus trabajos María.* Data y fecha de 1796.

Trabaja el vientecillo los pies y asiento del Pantocrator, libre de las rigideces y majestad del románico, dos iris escaño y almohadón, acorralado de ágiles espíritus, llenando la mardorela, impartiendo bendición y sosegando la lectura del Libro respetado y sostenido en la si-

niestra rodilla y con la mano, por lo alto la cúpula celeste. No sé si altanero o humilde traza con el pincel la raya y colorea el motivo y se encierra en sí mismo el pintor que deja vislumbrar los gestos y los enreda en las bajas orlas del manto. Entonces comprueba la ejecución quitado el andamio y vuélvese despacio a contemplar su trabajo. Pasase o sostiene la oscura melancolía de esa mirada santa y al coro de Valdeolivas pone blanco, motivo y resplandor cuando adviene el crepúsculo voceado por Zacatil o en zascandii bullero, muele y mira en la plaza el teatro de los testers sacros. Yo miro y definiendo mi gratitud al acompañante que despedido me deja sólo con Valdeolivas. Y no hay doncella más bella.

CARLOS DE LA RICA



Arcas.

es el código vivo o en la arqueta de los entrelazados difíciles de gentes y de pueblos. .

Rutas: cómo lo románico otorgó sus ábsides y ventanas. O el gótico mencionó sus figuras. Transformó el renacimiento y los frisos se fueron por lo barroco o el neoclásico. La sabiduría de los romanos asimilándose a olcades, oponiendo resistencias a los urgados de los bárbaros, haciéndose islámicos o manteniendo fidelidades mosaicas. Vencedores cristianos, confesiones castellanas. La Cuenca de Huete, tan de la mano toledana, los contentos de Belmonte, la Manchuela y la Alcarria, esa Mancha del Priorato y su cabeza gloriosa de Uclés, Tarancón o Segóbriga al lado. O el viajero que tropieza los misterios primitivos de Villar del Humo. Manjavacas y Tejeda, Rus y los Angeles. Ese intermi-

nable libro parloteando los sagrados santuarios que suplieran los antiguos esoterismos de épocas pasadas...

Siempre los caminos que darán un hallazgo cuando se contempla el diamante o palpamos el mármol y su mar, la posible aspereza de la roca, la suavidad de la amapola o el tomillo, la abeja libadora y el pájaro, el animal del Hosquillo o el gracioso conejillo que nadie debería perseguir. Este paraíso de lo llamado Cuenca y su provincia. Hurgar para comunicar, mostrar el mapa para atravesar su geografía real. Yo aprendí sin saberlo esta relación de límites, pues un abuelo mío —que hiciera o trazara el mapa de la provincia y diócesis— cometió acto de amor hacia Cuenca. El, Ramón Domínguez y Alonso, sirvió a la Diputación miniando con su

trazo rutas que yo, de otra manera y con palabras traigo ahora mismo su lectura. Es una manera de permanecer fiel a un rincón de España y de Castilla.

ARCAS ENTRE EL ARCO Y PENTAGRAMAS

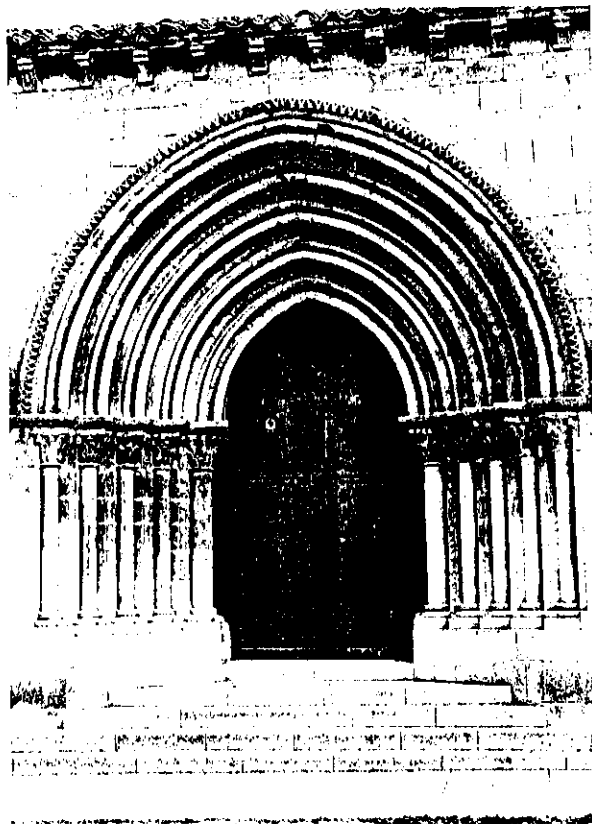
Con el domingo de Resurrección vuelve a Arcas Cristóbal de Morales, o Juan S. Bach, o Tomás Luis de Victoria, se agregan coches y más coches a la amplia plaza, en voz baja entrando van al templo gentes que casi se repiten las mismas cada año, Odón Alonso, un cuarteto o quinteto, y el dogma musical enciende sus llamadas en los candeleros de hierro y bronce de la iglesia románica. Las sencillas y desnudas archivoltas se van poblando de sonidos, como una bocina resuena el coro trepando calmoso por la escalera hasta el balcón de la espadaña, abre el hilo del violín las hojas vegetales, vivas, de los capiteles. Tempestuoso Bach para el órgano, dulces y preferidos Victoria y Morales. El atrio, con su pila purificadora al medio, se llena de un sol de abril a remolque de lluvias.

En épocas de olcades Arcas era un semidiós, Zeus ayuntó una ninfa y apareció bello como una copa de cristal Arcas, pronunciadador de sentencias, diseñador de chozas y mínimos palacios, majestuoso hijo de Calixto, hermoso como ella, arrebatado a los cielos, progenitor de aquella brava estirpe de los olcades. Y el lugar fue en llamarse como el dios, Arcas, y en torno al delupro, donde se colocó el ídolo, habitaron sacerdotisas, y píos varones, y quienes cuidaron las tierras y ganados del llevado a los cielos, allá junto a la estrella del Norte. Los revestimientos de sillar abren paso en la espadaña, abierta, como espatarrada, dando pie al visitante del atrio, introducido luego a la nave que cubren vigas de madera. Aquí trajo un día Angeles Gasset a sus amigos para que hicieran el milagro del retorno.

Lo sé, sé que Arcas tuvo comunidad cristiana de monjes o canónigos puntuales cantores de

los salmos bíblicos, quizá barriendo el polvo de la estatua del ídolo, pero manteniendo su nombre por los siglos hasta el día de hoy, copas de plata, cruces y esteras luminosas para el asiento de los fieles. Mientras oigo unas villanescas espirituales, vuelvo al oído con Francisco Guerrero, mi amigo Juan Domingo me ofrece pedestal para unos versos. Y vuelvo al templo proclamando metáforas, a profesar los ritmos y las estrofas. Angeles Gasset viene a ser, en este caso, como una piadosa matrona, medieval y poderosa —o voluntariosa y llena de fe— que quisiera levantar casa al Señor. Ella ha hecho posible que un pueblo vuelva al tronco, bajo las hojas de acanto de unos capiteles de piedra.

Se van multiplicando las balconadas de madera, la guardia civil tiene casa cuartel que es un estadillo de buen gusto, composición tardía de un románico entrado no se sabe cuándo. Retorno a la iglesia porque la iglesia tiene que dar



Arcas. Portada.



Arcas.

color forzoso al entorno, todo queda sometido a su estampa, razón sagrada de ser, cuando alguien puso obispado y hasta la llamó Arcóbriga, deseando salirse al cimiento cristiano, huyendo del hijo de Zeus y Calixto. A veces Juan Domingo —cura en Arcas no hace tantos años—, reunía a los feligreses, entonces les hablaba de formar grupos renovadores, con ímpetu nuevo de entrega; me imagino que lo mismo dirían los viejos tonsurados asentados al claustro desaparecido cuando Alfonso el Octavo, o su abuelo el Sexto, vinieron a Cuenca. Pero aún más lejos se escapa Arcas, vigilante en el alto cielo.

Salí en la noche de decir mis versos, tocaba la luna los aleros y los canecillos, sobre el aserramiento del tímpano, quebrándose la luna al saliente, como una columna descendiendo a las bolas redondas de las acacias.

Parece como que un ser extraño me hiciera adivinar el pasado oscuro, los mediodías de la abadía, el crecer de los cipreses, el toldo del cielo sobre la iglesia, las preces culturales del domingo al alba, y los días de niebla osca al matorral rodeando el misterioso idolo de los olcades. Arcas es el nombre que Zeus escribiera para el hijo de Calixto.

Enciende Juan Domingo la luz eucarística, ante la urna, así las sombras primeras son presentadas. Ya pasó el domingo de gloria, el quinteto y la orquesta, el órgano y Cristóbal de Morales, habitantes gloriosos de la iglesia románica, regresó Angeles Gasset al Madrid cotidiano, se fue Juan Domingo; y en la linde misma de la pequeña carretera asfaltada, quicio a la general que lleva a Motilla y Valencia, mi amigo Dalmaçio Serrano puso máquinas a una fábrica nueva sobre los hornos quemados de una alfarería. Arcas siempre, desde la estrella del norte, vigila.

ALARCON DESDE SIEMPRE

Piedra montada sobre el Júcar, el pájaro vuela y escamotea su presencia para volver a ella vuelto oro plata, rapaz, pero delicado el plumaje, afilado el pico, fiera la plata, y así Alarcón festeja su pervivencia gracias quizá al milagro, pegados los nichos, habitación de muertos, al muro románico de la iglesia apartada ahora del caserío de los vivos, antaño centro de barrio primero, escarpadura sobre el impresionante acantilado. Fuera allí la primera mirada del conquistador cristiano, fijos los sus ojos a un interminable aire de voces que dijeran las sumas sagradas del Corán.

Como una torrencera se despeñan hacia el cementerio los pinos, cubiertos los cientos de cimientos, y luego viene larga la ronda bajo el muro silencioso por donde nadie apenas pasa salvo el curioso indagador de los pasados siglos cuando era la fortaleza todavía punto de choque y defensa ya cristiana opuesta al intrasigente almohade. Debieron poner los canecillos rematando el ábside devotos de Santa Ma-

ría y le dieron postrero el apellido motejándola con la advocación de la Orden. Que muy seguro fueran caballeros de Santiago los caritativos preocupados de dar a Alarcón hospital y refugio de caminantes.

Me adelanto a la ribera alta que asusta al llegar a ella, pues a despeñarse con vida en el vuelo al lanzarse al río los cuervos o, al efecto, las distintas aves. Hábil en su desempeño recorre el fantasma del tiempo los tientos que hacen retroceder hasta no se dónde. El torreón se aísla como rezongando su distancia y casi a la trasera de la villa la otra iglesia, tan retocada, abre portón con su titular Santo Domingo tan metido en los patronazgos del románico: Santo Domingo de Silos, aunque en Alarcón no sobresalga precisamente puntiagudo y «mástil de soledad» el clásico ciprés del monasterio castellano. También comienza en Alarcón a iluminarse el altar cuando apenas si se fuera la luna.

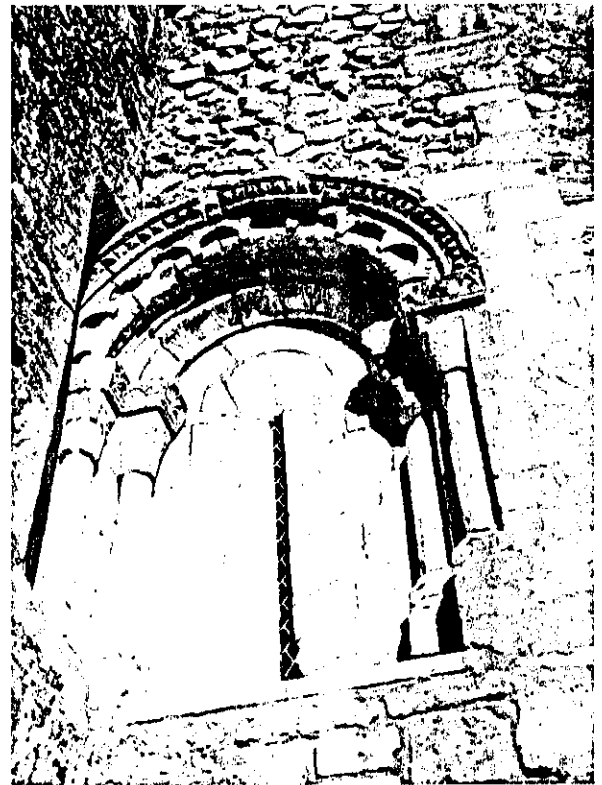
Apuesta, pues, la lámpara perdida a los muros del cementerio una preciosa cabeza audazmente pervivente y deseando —lo sé— no estar más sujeta a la cal y arena, suelta lo desea para ser admirada o recuperarse al conjunto antiguo de la Santa María de la Orden con las dispersadas molduras y las catas de marcas de cantero, inscripción de los siglos y firma de comienzos del Trece. Yo calculo las calzas primitivas de los absortos conquistadores del 84, la cota y malla, y a las ventanas asomadas las mozas de ojos negros, moras y las hebreas, considerando su opción hacia los ábsides levantados cuando ya cerraban salidas y entradas a las cuatro mezquitas que intuyo habría entre muros. En un apartado discreto los salmos hacían oscilar las cabezas judías tan fieles de siempre a la Torá divina y al precioso Talmud de Babilonia.

Acá, fuera de peligros, bañara pies y manos el monarca juvenil, el gentil Alfonso, las astucias y los esfuerzos preparadas para la gran conquista. Confusas y dudosas las gentes aprestaban el agua al caño tan cercano al lugar del templo cristiano del Santo de Silos Domingo. Fermín Martín de Ceballos colgado ya a sus puña-

les. Y el rey discurriera con clérigos y capellanes la longitud primera de la nave sencilla, del presbiterio y la oración matinal precedida de las campanas. Alegaría el arquitecto su plan de ordenamientos y el príncipe, tan caballero, liberal y tolerante, pensaría en la higuera que sombreara los dinteles de las mezuzás, el tiempo prudente que mediara la conversión del mahometano. El gozo de la procesión con Santa María en el anda, clero y guerreros, pueblo llano y los nobles aplicados al gregoriano de la pequeña iglesia del románico. Para después serían las grandezas de la hermosa villa: Alarcón perdurable.

LA RUTA DEL ROMANICO: FUENTES

Se demora el puente de piedra esperando el agua del Moscas, ajustado a *las fuentes*, ende-



Iglesia Parroquial de la Asunción. FUENTES.
Ventana románica, lateral del ábside.

rezado el viejo y añejo puente que apunta el alto donde alardea, hermoso y fuerte, el ábside románico de la iglesia; al lado, feo y utilitario un nuevo paso sobre la corriente de aguas. Parte en dos la carretera al pueblo, con capilla al llano y amplio solar que hospital fuera, casi plaza libre de mercado hoy para camiones de frutas y quincalleros, calle mayor y larga de tabernas y bares, tiendecillas y gentes siempre en espera y vigilancia de transeúntes, de sorpresa viniendo de Cuenca, vuelta rápida y peligrosa que a más de dos lanzaron aguas abajo. Fuentes vuelve sus dos brazos arriba y abajo, alternando el óvalo antiguo y añejo, el arco ojival con la casa verbenera y colorista, atiborrada de azules y rojos, verdes y más colores pegados a los hierros de balcones y puertas.

Enderezo la marcha a la pequeña colina, que ocuparían siglos atrás los del medievo, concediendo tiempo al pie, ante el tambanillo que cambia teja por uralita, la casa humilde como un vaso de arcilla, y abajo miro las otras casas —desiertas muchas— la mano ya al lomo de la iglesia, intenta la ventana labrada, ejemplar único del románico conquense, con sus árboles de vida recordando manos hebreas, árboles casi candelabros rituales, sinagogales, y todo un pasado hablando en piedras, detalles al interior y fuera. Imagino el origen, lentamente levantado, los artesanos, canteros y albañiles, moviéndose entre masas de madera y yeso, clavando el clavo, poniendo, colocando el capitel sencillo, sin historias ni follajes. Tiemblan los chopos del riachuelo, del Moscas, lanzan sus hojas cuarteadas, de latón de oro y peregrinas ya.

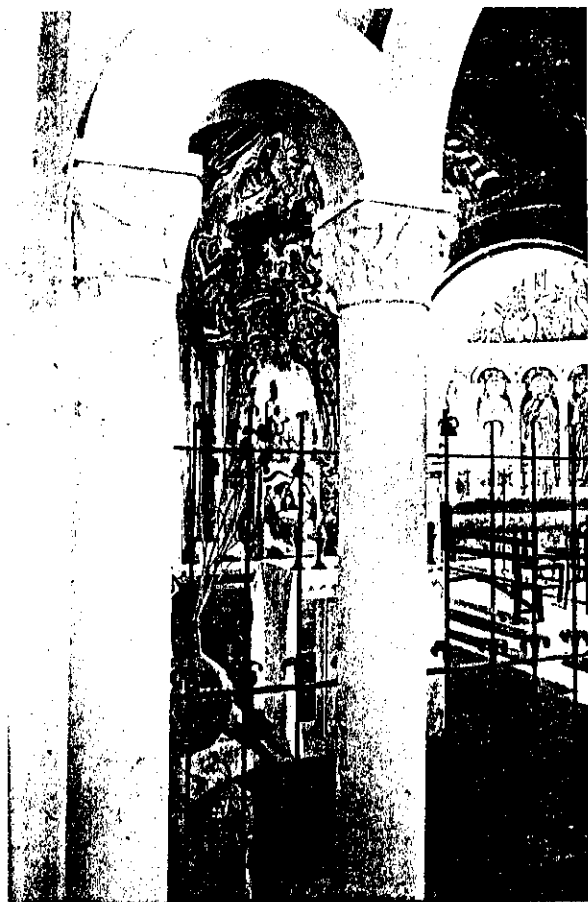
Rara es la bandeja de Fuentes, entre conservadora e innovadora en exceso, recobrada en su iglesia, en el blasón del Concejo, en contadas fachadas, afeada por el chafarrinón sin gusto de los acrílicos brillantes. Ya el mal puesto altavoz revoca la música que igual alterna gregoriano y mal sonido, con el campanil de cemento, contrastado por la noble fábrica, las tres naves de la iglesia que dividen ágiles columnas abriendo bóvedas barrocas, la preciosa pila bautismal, las puertas fuertes de pino y cuarte-

rones, la sacristía y el ventanil que comunica el presbiterio, bello, severo, con extraña urna bajo una ventana, pinturas pseudo románicas pegadas al muro. ¿Qué comunidad habitó el recinto, qué gentes, qué creyentes elevaron preces, escucharon el sermón, rezaron? Sin duda alguna, quien cubrió las paredes salvó los precisos restos del templo primero.

El amigo Fortunato, recién llegado de la trapa, efectuó los descubrimientos, vació los llenados espacios, luz dio y logró la iglesia abierta, en su retorno a los siglos. Pienso que Fuentes debió contar y disponer de cierta riqueza que avalan mármoles y bien bordadas casullas dieciochescas, imágenes y hierros. Para San Antonio, la procesión intercala su sombra a los roces de las sombras y los tejados. Como para el Rosario se llenan los bordes de la carretera de puestos con turrónes y dulces. Continuamente mirando y observando el pueblo se pierde arriba y abajo de la carretera, agarrado a ella como a tabla de salvación.

Posee una rica vega donde se instalan los trigos que alternan con el girasol espléndido, el girasol cometa amarillo de los campos ondulados y los llanos, rodeado Fuentes de sus colinas protectoras, cortantes de malas nubes. ¿Tuvo tímpano la iglesia? ¿Podemos hablar de «maestro de Fuentes» al contemplar la ventana de la «epístola»? Fueron distintos o los mismos quienes trabajaron en Fuentes y Arcas? Dejemos la mirada insistente en estas colinas que raja el río y parte el camino real, ¿cuándo llegaron acá los cristianos conquistadores? Un segundo al menos tuvo que detenerse don José de Villaviciosa, viniendo de su Reillo y de su arcedianato de Moya, acá vio el batallar de sus insectos en troyana conquista, en Fuentes se arrima al hacer posición del Moscas.

Yo paso de día y noche, a la mañana y en la tarde, este tan dispar lugar, mezcla de maravillas románicas, ojivales, y trazados innominados de gustos dudosos. Fuentes no se borra tan fácilmente de la memoria, le digo a Emilio Martínez, cuando con él voy a Cuenca o retorno a Carboneras.



*Iglesia de Carboneras (s. XIII)
(Foto: A. de la Rica)*

EL ROMANICO DE CARBONERAS

Cierto el ábside y los dos retalles, pero suficiente vestigio para dar suelta a la cascada y retornar al iniciado siglo XIII, ya el báculo en manos de don Julián. O quizá si rozando los Noventa todavía encuadrando páginas primeras el prelado fundador don Juan y ya en los registros castellanos y para siempre la erguida y hermosa fortaleza de Moya, cruce y mojón de tres reinos. Humilde y sencillo el templo serviría a los carboneros que en el llano levantarán sus piras cabe el emplazamiento de tejeros y fabricantes de losas que los hubo en este testero del grande territorio de Moya, cuyos bordes toca en Carboneras el Guadazaón con sus mil fuentes. Y

sobre el roquedal, como un torreón de fortaleza, asoma la cabeza la parroquial de Santo Domingo de Silos, mínimo pero cierto señalamiento en la ruta del románico conquense.

Muy después —por paliar faltas o añadir embellecimientos— se cubrió de sencillo y hermoso artesonado pintado a la manera turulense la cabecera y en sus paredes se fijaron los santos de la devoción del lugar, de los cuales sólo dos santas aún celebran la gloria del Señor. El tiempo repitió sus estragos, desmoronó y sustituyó paredes añadiendo naves y capillas, dando al conjunto un bello alzado armónico que cierra, a los pies y al poniente, la espadaña herreriana labrada a piedra vista. Hoy es la iglesia cobijo de la reliquia excepcional de la Hijueta de los muy famosos Corporales de Daroca, con su aspecto de basilica romano-bizantina, el brillo de los colores y el hieratismo de sus iconos, las solemnes celebraciones e inconfundible el perfume del incienso.

La estructura de la capilla central fue, sin duda, de iluminación lateral. O, tal vez, pudo tener sus tres ventanitas como puede verse en los restos de iglesia bajo el castillo de Paracuellos y que no han sido catalogados. No muy grande, sin embargo, me da la impresión como de haber tenido dos pequeñas naves, pues el muro del norte indica su antigüedad. Pilastras centrales sostienen el techo de madera cubierto un tiempo de feo encachado de yesos y hoy luciendo, otra vez, maderas. Sus constructores debieron ser escrupulosos guardadores de la orientación hacia el este, que ilumina y trae la luz del alba y señala la situación sagrada de Jerusalén, por ello la hicieron a falsa escuadra. Dominaba el valle, asomándose a él, perfilándose ahora fundida a los crepúsculos rojos y violeta del atardecer.

¿Cómo sumarian su esfuerzo y su trabajo aquellas gentes de Carboneras a la fe cristiana, ellos musulmanes y moriscos, descendientes de los adoradores de un cruel dios ibero cuyo santuario aún responde con su silueta sobre el monte del Idolo o cerrito de la Arena, montículo y colina singulares y de abundantes restos ar-



Iglesia Parroquial de Sto. Domingo de Silos.
Carboneras de Cuadazaón.
Pinturas murales del ábside (s. XIV)

queológicos y caolines? ¿Qué primer pastor dispuso la pastoral de esos tres santos varones que fueron los obispos de Cuenca? Diminuto y agreste cerró el caserío sus entornos al santuario cristiano prosiguiendo en el quehacer que diera nombre al pueblo: los pinos y carrascas llegaban hasta las toscas casas sin señalar casta noble ni mobiliarios títulos. A pueblo llano, pobre, servidor y trabajador largamente correspondió el decoro humilde. Y, no obstante, alguna vez, conquistaron mármoles para sus altares y plata en sus cálices y orfebrería, rico carmesí y buenos ornamentos. Ya el pueblo logrado tenazmente conciencia y señorío.

No fue Cañete, tan proclive a las apetencias aragonesas, sino Moya el norte de su política

humana. Los fieles fueron devotos de la Señora de Tejada y poseedores de la Hijueta tan venerada, cuyo prodigio confiesan los otros pueblos vecinos. Si habitantes de la gran iglesia isabelina y panteón de los Moya fueron los frailes dominicos, hasta con estudio teológico y cuasi universitario, los pobladores de Carboneras resistieron sus insuficiencias y tuvieron su cura propio y su teniente. Segregados del movimiento eclesial *de abajo y extramuros* las gentes de Carboneras formulaban su culto ancestralmente tan vinculado a los difuntos. Abajo les llevaba el señuelo de la Hijueta a la que invocaban en las tempestades cuando el trueno asustaba sus oídos, adentrados en la procesión del Segundo Domingo de Mayo. Y en el pueblo de Carboneras perdura, vivo, orgulloso, a la sombra aún de su iglesia, tan antigua como el tiempo en que es cristiana, contemplando el recorte del ábside románico que triunfa sobre el valle y caserío extendido ahora hasta topar los caminos del ferrocarril y los asfaltos.

DEL GLORIOSO TAPIAL Y CIMIENTOS DE LA GRAN VALERIA

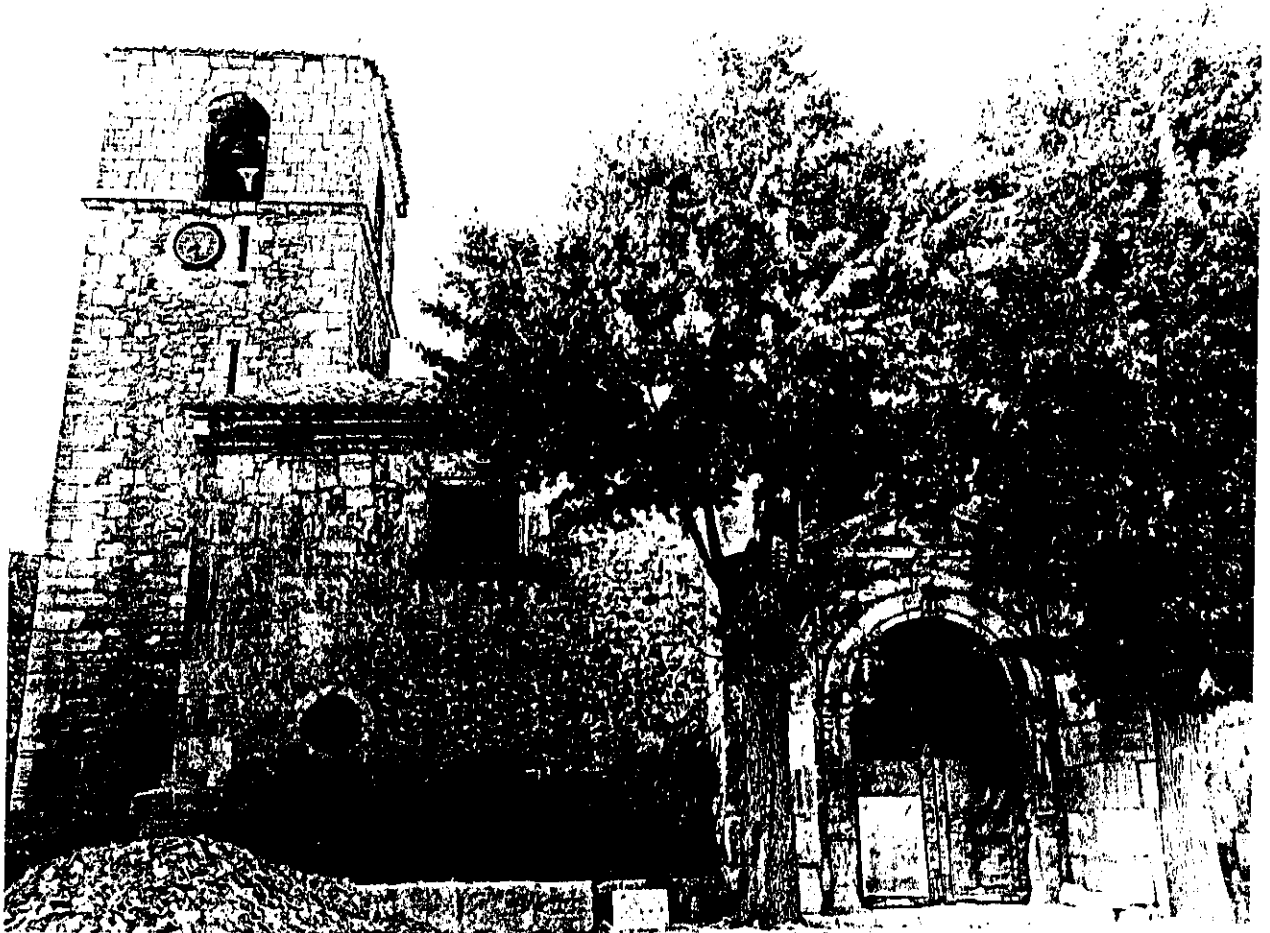
No más allá de mucho tiempo me hallo paseante y peregrino por las asperezas que tejan tan bellamente las pobres aguas del Gritos. Y pienso, Francisco Suay, mi querido Paco, en el ilusionado comienzo de tus escarceos, borde por borde de la roca, polvo a polvo, la meseta, en el intrincado pensamiento, borracho de pasado, que nos lleva a pensar en sus tres, cuatro, seis —siete— sucesivas ciudades. Mesetarios olcades, bravos y fieros, convencidos aliados de la Roma que hermosea y monumentaliza el lugar. Tomada por los godos que la afirman mitra y episcopal residencia, cedida mal por grado al andaluz islamizado y al árabe. Medieval y románica, castillo y fortaleza, pasto y ruina de la llama. Humilde pueblecillo al espaldar de su pasado. Tal pasaba para Paco Suay cuando ahí ejercía la docencia y el gobierno.

Por ese continuo traspapeleo de paisajes, revuelto enjandre de diversas abejas, desde Chumillas, la Olmeda y el Gritos, la sucesión de montículos y tierras suaves, de llave y puerta al roquerío en ese puente medieval y pequeño que dejaron para recuerdo a un tiro de piedra del camino real montado ya a la entrada de Valeria la de esa increíble pieza, entre extraña e insólita, que es su iglesia parroquial, arcos apuntados, columnarios superpuestos de fustes traídos de al lado, pero que fueran tallados en cualquier otro punto del imperio.

Hasta el capitel corintio invirtió su cabeza y se hizo cristiano de agua bendita para ofrecerla humilde al creyente dominical o a la diaria beata. Por estas naves se sueña, entre rezo y mi-

rada a los muros, retornos y descubrimientos, esa relativa resurrección que la arqueología nos devuelve y que puede ser espléndida ruina de lo conquense pretérito.

Endiablada genialidad del defensivo dominio sobre la meseta colocado, donde adivino los entablamientos, almenados y muros, mientras escucho, veo y toco a un indefenso pajarito pando tembloroso entre las piedras del hipogeo. Un poco al margen de los sabios y entendidos yo trazo un imaginario plano, el sucesivo correrse, orillándose caseríos, dándose de codo, frenados todos por la hoz, el abismo, coreados por los vientos furiosos, asomando valientes las edificaciones en ese continuo juego volado de casas. Corrales y calles, bajos cubiertos habita-



Iglesia parroquial de Valeria.